

*Celebrada en Flushing Meadow, Nueva York,
el viernes 19 de septiembre de 1947, a las 11 horas*

Presidente: Sr. O. ARANHA (Brasil).

12. Debate general (continuación)

El PRESIDENTE (*traducido del inglés*): Tiene la palabra el representante de la Argentina.

Sr. ARCE (Argentina): Señores representantes, en nombre de la delegación argentina debo referirme, en primer término, al problema general del mantenimiento de la paz, y a continuación, al problema concreto del mayor obstáculo con que tropiezan las Naciones Unidas para cumplir adecuadamente sus funciones específicas.

Ambos problemas están vinculados entre sí. Estoy seguro de que, si resolviésemos el segundo, siquiera fuese parcialmente, podríamos avanzar rápidamente en la solución del primero. Serenados los espíritus, libres los hombres de temor físico, podrían encontrar medios armónicos, sino iguales, para que todos los pueblos asegurasen la paz en lo interno y en lo internacional.

Permitidme que los considere separadamente.

El 6 de julio de 1947, en vísperas del aniversario de nuestra independencia, el Presidente Perón hizo un llamamiento a los hombres del mundo y en especial a los pueblos de América.

La delegación argentina cumple con el deber de repetirlo en esta Asamblea en que están representadas la mayoría de las naciones.

La idea central de ese llamado está contenida en una sola palabra: solidaridad.

La solidaridad ha de servirnos de base para alcanzar la paz en lo interno y en lo internacional y la paz es el único ambiente compatible con la civilización y su progreso.

Para alcanzar la paz en lo interno necesitamos superar las dificultades artificialmente creadas por el hombre. La desigualdad es ley de la naturaleza y el hombre no escapa a ella. No escapa en lo físico; tampoco escapa en lo espiritual.

Características atávicas transmitidas por herencia, el medio ambiente, la educación escasa o mal orientada, y factores imponderables que dan tintes diversos a la personalidad humana, combinados en diversa medida, crean modalidades también diversas en nuestra especie.

Las ciencias aplicadas no han encontrado hasta ahora remedios eficientes para corregir esas desigualdades y reducir dichas modalidades a un común denominador.

De ahí las dificultades a que antes me he referido, como expresión instintiva e incontenible de cada personalidad. Felizmente es una minoría la que puede ser considerada como disonante.

El remedio más eficaz de que disponemos, hasta ahora, para combatir tales dificultades, es el de la educación general pública, me atrevería a agregar, obligatoria y gratuita, a cargo del Estado. Pero todos los demás medios destinados a despertar y desarrollar en el hombre, ideas de convivencia, de tolerancia y de respeto, en el ambiente de la familia primero, y de la comunidad, después, deben ser ensayados y promovidos.

Es necesario, además, concluir o cuando menos mitigar las angustias de los desposeídos. La seguridad social debe procurar protección a todos los seres humanos, desde el nacimiento hasta la muerte, cuidando la salud de las madres y de los niños, preocupándose de la educación de los jóvenes, asegurando trabajo a los adultos y velando por la tranquilidad de la vejez, a fin de que hasta el más humilde disponga cuando menos, del mínimo necesario, compatible con la dignidad humana. Le seguridad social es el gran remedio destinado a crear la tranquilidad y la solidaridad en lo interno.

El clima de la injusticia social es demasiado duro para que podamos obligar al hombre a vivir en él, sin rebeldías.

La miseria y la abundancia no pueden coexistir y por eso los afortunados, los que tienen más, deben apresurarse a entregar una parte de lo que les sobra, para mejorar la situación de aquellos a quienes les falta. En definitiva, deben pensar que con esa actitud, toman una póliza de seguro para disfrutar, con más tranquilidad, de lo que les quede.

Lo que aquí dejo establecido con relación a lo interno, ha de servirnos de ejemplo en lo internacional y en nombre del Gobierno argentino declaro que estamos dispuestos a sumar nuestros recursos a los de los planes generales que tienden a la rehabilitación material y espiritual del mundo y en especial de Europa.

Las fuerzas del espíritu y, llegado el caso, la fuerza material y la riqueza, deben ser puestas al servicio de las energías del bien, contra las energías de quienes se confabulan con el mal por vicio o por temperamento.

Para alcanzar la paz en lo internacional, debemos empezar por condenar toda clase de agresión, así sea territorial, económica o política.

Los grandes de la tierra deben reflexionar que el destino ha puesto en sus manos todos los elementos necesarios para la felicidad de sus pueblos. Son muchos los Estados medianos y pequeños que han escrito en su tradición y en la historia, anhelos de paz y de vida tranquila, dentro del acervo hereditario que el destino les fijó. Tal conducta debe ser respetada e imitada por los grandes a fin de ofrecer un ejemplo impresionante a los Estados pequeños y medianos, menos pacíficos.

Lo que he dicho acerca de la solidaridad en lo interno, al referirme a la miseria y a la abundancia, puede aplicarse, por analogía, en lo internacional a las pequeñas y a las grandes potencias de la tierra.

Otro remedio destinado a procurar la paz en lo internacional, es el respeto a la libre determinación de los pueblos, principio fundamental que hemos sostenido siempre y que está inscrito en las tablas sagradas del primer Capítulo de la Carta de las Naciones Unidas.

Finalmente, debemos propender a que todos los Estados Miembros de esta Organización,

abduquen otro poco de soberanía, aceptando el arbitraje como principio regulador obligatorio de sus diferencias, grandes y pequeñas.

Creemos haber predicado con el ejemplo, porque esta actitud pacifista fué siempre una línea de conducta argentina en lo internacional.

Con el objeto de favorecer la realización de este programa debemos fomentar el desarme espiritual de la humanidad. Un esfuerzo conjunto de hombres, mujeres y niños de todos los pueblos, pero especialmente de mujeres y niños, puede desterrar las ideas, la palabra y la obra de los atacados de psicosis agresiva, que es una enfermedad real, que necesitamos combatir, hasta hacerla desaparecer.

No olvidemos además, señores representantes, que el hombre está por encima de los sistemas por él creados y que estos sistemas deben ser puestos al servicio de aquél. Promover la agresión o desatar la guerra, en defensa de determinados sistemas, es atentar contra la humanidad y, en el momento actual, propender a su destrucción.

Abandonemos los sistemas si resultan poco eficaces para el progreso; salvemos al hombre que es, en definitiva, el mejor sistema en lo material y en lo espiritual creado hasta la fecha, como que es obra de Dios y no del hombre mismo.

Para salvarlo debemos ensayar toda acción social compatible con los recursos públicos y privados. Dicha acción social puede ser distinta dentro de cada país, pero habrá de crear un ambiente de felicidad, en lo interno, que hará odiar la guerra como medio de dirimir las diferencias que se susciten entre países, en lo internacional.

Tal es, señores representantes, el programa del llamamiento hecho a los pueblos del mundo por el Gobierno argentino.

A quienes lo acusen de demasiado amplio o de demasiado teórico, les contestaré que hasta el programa más insignificante es amplio cuando la desidia nos incita a no trabajar para reducirlo y que todo programa es teórico cuando no se quiere luchar para hacerlo práctico. Agregaré que muchos de los capítulos de ese programa son inmediatamente realizables, si en lugar de olvidar a cada instante los propósitos y principios de la Carta, los releemos cada día, como si se tratase de una Biblia inspiradora de nuestras acciones que, por lo común, están fuertemente influenciadas por nuestros intereses egoístas, en lo individual, y por nuestros deseos de expansión o de predominio, en lo colectivo.

Para demostrarlo me propongo, ahora, en la segunda parte de mi discurso, discutir un problema concreto de carácter internacional, vinculado a nuestra Organización y que según nuestra manera de pensar debe ser inmediatamente revisto.

La delegación argentina ha pedido que se discuta nuevamente el privilegio del veto otorgado a los Estados miembros que integran, en forma permanente, el Consejo de Seguridad. Adviértase que el privilegio es doble. Por una parte ocupan un asiento permanente en el referido organismo. Por otra, pueden anular sus resoluciones, aun aquellas en las que hayan concurrido todos los demás miembros del Consejo.

El veto es contrario a los principios de la Carta. No creo que este aserto requiera demostración;

pero en el deseo de exponer la cuestión, en toda su crudeza, vale la pena recordar que la Organización está basada en el principio de la igualdad soberana de todos sus Miembros y que por lo tanto una discriminación política como la del veto, viola ese principio.

La discriminación no puede ser más chocante. De acuerdo con la Carta, los 11 miembros del Consejo de Seguridad representan a todos los Miembros de la Organización y actúan en su nombre; como consecuencia, un sólo Estado tiene el derecho de anular la voluntad de los 54 restantes. Aun cuando acertásemos que por ser 11 los miembros del Consejo, cada uno de ellos representa a cinco de los 55 Estados que integran la Organización, siempre se podría afirmar que un solo Estado puede anular la voluntad de 50.

El veto fué establecido por razones políticas circunstanciales que pueden variar y que, como todo el mundo sabe, han variado. Si en aquel momento y a pesar de circunstancias propicias, sólo 30 Estados se manifestaron en favor y 17 en contra, estoy seguro de que si se reexamina la cuestión, en las circunstancias actuales, la proporción cambiaría fundamentalmente, en contra del privilegio.

En ese entonces, el jefe de la delegación argentina manifestó que el tribunal de la experiencia diría de qué lado estaba la razón. De seguro no sospechaba que el aludido tribunal expediría un juicio desfavorable y definitivo, antes de dos años. He dicho desfavorable y lo ratifico. Una cosa es que la proposición tendiente a convocar una conferencia para revisar la Carta alcance la mayoría necesaria para ser aprobada y otra lo que piensan del veto cada uno de los Estados Miembros. Me atrevo a afirmar, como una impresión personal, que la mayoría está ahora convencida de que la inclusión del veto en la Carta fué un grave error, pero algunos creen que todavía se puede esperar y aconsejan remedios paliativos, aun cuando no creo que estén muy convencidos del resultado que se obtendrá con esos remedios, si es que consiguen imponerlos.

Para colmo de males, el veto ha sido aplicado indebidamente. De acuerdo con los términos de la Carta y la declaración de las cuatro Potencias que sostuvieron en San Francisco la fórmula de votación acordada en Yalta, el veto sólo es aplicable en lo referente a las materias previstas en los Capítulos VI, VII, VIII y XII, o sea, cuando se trata de afianzar la seguridad y mantener la paz. Esta es, por lo demás, la función específica del Consejo de Seguridad. El veto es de empleo restrictivo; debe ser de empleo restrictivo; su único objeto es evitar que las Naciones Unidas presionen a una de las grandes Potencias, por temor a que una conducta semejante pueda comprometer la paz.

Sin embargo, el Consejo de Seguridad ha permitido su aplicación en lo referente a la admisión de nuevos Miembros y el mundo observa con estupor la posición de naciones pacíficas como Irlanda, Portugal, Transjordania, Italia y Austria, detenidas a las puertas de la Organización, en razón de que el Consejo de Seguridad se empeña en sostener que, para que sean admitidas, se requiere una recomendación *favorable* con el concurso de los cinco miembros permanentes.

En materia de admisión de nuevos Miembros, la función del Consejo de Seguridad consiste en

recomendar, en favor o en contra; pero solamente en recomendar; el único órgano de las Naciones Unidas que puede y debe *decidir*, en favor o en contra, es la Asamblea General. Veremos si la Asamblea se decide este año a volver por sus fueros y a ejercer sus atribuciones, cuando la delegación argentina le proponga la admisión de las cinco naciones que dejo enumeradas, todas las cuales han recibido siete o más votos favorables en el seno del Consejo, lo que equivale, según mi tesis, a haber sido favorablemente recomendadas por el Consejo de Seguridad. El Consejo de Seguridad puede recomendar la no admisión de nuevos Miembros, pero no puede permitir que se aplique el veto en esta materia, puesto que, en tal caso, sería él y no la Asamblea, quien decidiría la cuestión.

Fuera de que el texto de la Carta es explícito, citaré un solo argumento en favor de mi tesis. Cuando la Carta ha querido autorizar el veto de los llamados "grandes", en materias no conexas con la seguridad y la paz internacionales, lo ha dicho expresamente. Tal ocurre en la ratificación de enmiendas que no se pueden tener por aprobadas si no concurren para ello los cinco Estados Miembros con asiento permanente en el Consejo de Seguridad.

Si abandonamos la acción del Consejo de Seguridad en materia de admisión de nuevos Miembros, para referirnos al ejercicio de sus funciones con arreglo a la Carta, preciso es confesar que las cosas no han marchado mejor.

Cuatro países, de los cuales dos son Miembros de la Organización, se encuentran en conflicto. Se hacen inculpaciones recíprocas acerca de los hechos ocurridos. Una Comisión del mismo Consejo ha comprobado esos hechos; la prensa ha puesto en duda la eficacia de la comisión. Pues bien, el Consejo de Seguridad después de numerosas y prolongadas sesiones no ha encontrado todavía la manera de actuar. Creado, expresamente, para mantener la paz y evitar o suprimir los conflictos, emplea su tiempo en ejercer funciones que no le corresponden, pero no cumple con la obligación específica que le fué impuesta en San Francisco, a pesar de las amplias atribuciones que allí se le otorgaron.

El Consejo de Seguridad debe preparar convenios para la reglamentación de armamentos; la Asamblea le hizo el año anterior recomendaciones en tal sentido.¹ Hasta ahora no le ha sido posible adoptar una decisión al respecto. Debe crear la "policía internacional" que le es necesaria para hacer cumplir sus resoluciones; hasta ahora no ha cumplido con esa obligación. Sería el caso de pensar que ha procedido así, de acuerdo con la política del "*no hacer nada*", seguida hasta este momento y, como es natural, para esa tarea, no se requiere policía.

No necesito agregar que todo esto ocurre por causa del veto, poder que autoriza a cualquiera de los miembros permanentes del Consejo a paralizar la acción de este organismo.

Ahora bien, para proceder así, las grandes Potencias no necesitaban el privilegio que les ha sido acordado; en cuanto a las naciones medianas y pequeñas, no hubieran aprobado la Carta con el referido privilegio si éste habría de resultar

inoperante para el propósito que determinó su institución.

En todo tiempo las grandes Potencias dispusieron del veto que yo llamaría "libre" para diferenciarlo del veto "legal" establecido en la Carta. Cada vez que uno o más Estados pretendían actuar, con desconocimiento de los intereses o presuntos derechos de una gran potencia, ésta se sentía autorizada para interponer su "veto", para reclamar, para negociar, para detener la acción de sus pares y pedir la convocatoria de una conferencia internacional destinada a satisfacer sus aspiraciones o su vanidad. En el caso contrario, las grandes Potencias recurrían a la guerra para imponer sus caprichos, si la suerte de las armas les era favorable. Recordaré dos casos solamente. Uno de los vetos de Alemania terminó con Sedán y la caída del Segundo Imperio; otro con la Conferencia de Algeciras. Y sin embargo, ni Bismark, ni Guillermo II disponían del veto legal que ha creado la Carta de San Francisco.

Ahora, en cambio, si uno de los "grandes" se decidiese a no proceder con la buena fe que lo exige la Carta, podría paralizar la acción del Consejo creado en San Francisco como una panacea para mantener la paz. Podría, además, con maniobras dilatorias, mediante el uso y el abuso del veto legal, distraer a sus pares, completar sus preparativos militares y hacer estallar el conflicto cuando más conviniese a sus exclusivos intereses.

¿Acaso fué para semejante resultado que 45 naciones se reunieron en San Francisco y voluntariamente se ataron las manos con un tratado de cuyas cláusulas — se dice — no es posible liberarse sin disolver la Organización?

Las mismas grandes Potencias se hallaban en mejores condiciones antes de firmar la Carta, puesto que no estaban ligadas por un pacto que las obliga a proceder de buena fe.

De donde resulta que el veto es un excelente recurso para dos cosas: para impedir que las Naciones Unidas adopten resoluciones tendientes a mantener la paz y organizar la seguridad, y para favorecer a cualquiera de los "grandes" que se decida a obrar de mala fe.

Entre tanto parecería que las naciones restantes estuviesen obligadas a permanecer inertes, contribuyendo con su dinero, con su esfuerzo y con el tiempo perdido en conferencias, reglamentos, atribuciones, *Committees* y *Subcommittees*, *wordings* y *rewordings*,² a la posible instalación de una dictadura mundial. Si uno cualquiera, señores representantes, de los grandes dictadores que ha conocido el mundo hubiese sospechado que la buena fe podía llegar a tales extremos, de seguro que se hubiera decidido a encabezar la iniciativa de una organización internacional para uso exclusivo de sus propósitos de dominación.

No faltará quien arguya que, contra todas estas posibilidades, queda el recurso del Artículo 51 de la Carta, que autoriza la legítima defensa individual y colectiva, al margen del Consejo de Seguridad. Acepto el hecho como cierto y aplaudo, al pasar, la determinación de las naciones que integran este hemisferio, de haberse unido en forma indisoluble, por el Tratado de Río de Janeiro, para hacer uso de ese derecho, en caso de agresión. Pero el argumento carece de valor alguno.

² En inglés en el original.

¹ Véanse las *Resoluciones adoptadas por la Asamblea General* durante la segunda parte de su primer período de sesiones, resoluciones 41 (I) y 42 (I), páginas 58 y 59.

Antes de suscribir la Carta, todas las naciones, grandes y pequeñas, disponían del mismo derecho para repeler la agresión, sea individual, sea colectivamente.

De todo lo cual resultaría que antes de San Francisco las grandes Potencias disponían del veto, en condiciones de igualdad, y plena libertad de acción. Por su parte, las pequeñas naciones, disponían del derecho de legítima defensa individual o colectiva, según que no tuvieran o tuvieran aliados. En cambio, una vez legalizado por la Carta, el veto sólo puede aprovechar a los agresores en potencia. Para tales resultados no valía la pena haber creado una organización internacional.

Con la preocupación de defender los intereses de las grandes Potencias, los autores de la Carta olvidaron los de la humanidad. El veto es utilísimo para "no actuar", actitud que, en ciertas oportunidades, puede ser conveniente. Por ejemplo, si las Naciones Unidas quisieran presionar a una de las grandes Potencias. En este caso la inacción podría ser utilizada para evitar fricciones que pudieran preparar el camino de la guerra. Pero en la mayoría de los casos, para mantener la paz, lo que se necesita es actuar.

Para balancear el mal uso del veto habría hecho falta crear el *contraveto* y haberlo puesto en manos de las naciones que no están autorizadas a utilizar el actual privilegio o de aquellas otras que, pudiendo utilizarlo, entendiesen haber llegado el momento de actuar. En tal caso el veto habría servido para defender los intereses nacionales legítimos de las grandes Potencias, en forma individual, y el contraveto para amparar los intereses de la humanidad y asegurar la paz, en forma colectiva.

Uno de los errores que reputo más graves, fíjense bien los señores representantes, entre los cometidos por el Consejo de Seguridad, con relación al veto, consiste en su ocultación. Alguien ha dicho que se trata de una maniobra política destinada a moderar los ataques que se lanzan contra el veto.

Para que las decisiones que adopte el Consejo de Seguridad sobre materias de fondo sean válidas, se requiere el concurso de siete votos, incluidos — cito ahora textualmente la Carta — "los votos afirmativos de todos los miembros permanentes". Si, llegado el momento de decidir, uno de los miembros permanentes no desea votar la resolución sometida a decisión del Consejo, pero tampoco tiene especial interés en que sea rechazada, se abstiene, y si la decisión alcanza siete votos, incluidos los de los otros cuatro "grandes", deja que se le dé curso, como si hubiese sido legalmente aprobada. De esta manera se disminuye el número de votos interpuestos y se reduce el "blanco" expuesto al fuego de los ataques adversarios.

Conviene recordar, por eso, que una decisión semejante carece de valor legal, como carece de valor legal toda resolución del Consejo, sobre materias de fondo, comprendidas en su jurisdicción, que no reúna el voto afirmativo de los cinco "grandes", aun cuando haya obtenido el voto de los seis miembros no permanentes. Basta, pues, que uno de los "grandes" se abstenga, para que no puedan adoptarse decisiones.

Si el Consejo de Seguridad insiste en adoptar esta manera de computar las abstenciones de los

miembros permanentes favorecerá un subterfugio tendiente a disimular los efectos nocivos del veto y los grandes que recurran a la abstención con este propósito, llegarán hasta crear un ambiente de simpatía en torno de esta actitud, abiertamente violatoria de una disposición expresa de la Carta. Sin intervención de la Asamblea y sin ratificación de los Estados Miembros, el Consejo de Seguridad habría modificado la Carta otorgando a sus miembros permanentes un tercer y nuevo privilegio, desde que la enmienda sería una enmienda *de facto*.

Sir Charles Berendsen, nuestro distinguido colega neozelandés, ya hizo notar hace algún tiempo lo que habría de ocurrir con el veto, cuando se refirió a las consecuencias de la ausencia de uno de los "grandes" retenido por un *party*¹, en el hotel, o en el campo de golf.

No olvidemos, por otra parte, y esto es tanto o más importante que lo anterior, el conflicto inútil que se produciría, inevitablemente, si un Estado compelido por una decisión ilegal del Consejo de Seguridad, se negase a obedecer. Debemos evitar todo cuanto sirva para minar el prestigio de las Naciones Unidas, y nada puede minarlo más que la adopción de resoluciones caprichosas, violatorias de la Carta.

Con frecuencia, para hablar del veto se hace referencia a la regla de la unanimidad. El nombre es sonoro y expresivo, pero en vez de disimularlos, destaca sus inconvenientes. Anoto al pasar que se trata de la unanimidad de cinco entre 11, lo cual constituye una unanimidad *sui generis*.

La experiencia demuestra que, cuando las decisiones de un cuerpo colegiado dependen de la voluntad de uno de sus integrantes, es muy difícil evitar que éste trabaje para atraer a todos, a su manera de pensar. Sabe que sin él no hay soluciones y si sospecha que los demás están interesados en alcanzarlas las dificulta, a fin de imponer su voluntad, o una solución, la más cercana posible a su voluntad. Se convierte en árbitro. Las deliberaciones se prolongan, el árbitro oculta su manera de pensar hasta el último momento, la prensa trata de resolver el enigma, a través de la más insignificante de sus manifestaciones, hasta que, al fin, o mata la iniciativa con su voto en contra, o acepta, magnánimo, el "compromiso" más favorable a sus intereses, entre los muchos que le han sido ofrecidos para obtener su aquiescencia.

La regla de la unanimidad de cinco establecida en la Carta de las Naciones Unidas tiene por objeto obligar a la mayoría, por grande que sea, a que decline sus derechos, y a que acepte la voluntad de la minoría, la cual, una vez conseguido su propósito, proclama ante el mundo que todos piensan como ella, aun cuando en realidad ocurra precisamente todo lo contrario. Por eso la regla de la unanimidad podrá ser muy útil para hacer democracia *new style*¹, pero no puede servir para construir la seguridad y mantener la paz. Por el contrario, nos conducirá fatalmente a la guerra.

En ocasión de la Conferencia de Río de Janeiro se ha pretendido presentar a Argentina en contradicción, atacando la regla de unanimidad en Lake Success, y defendiéndola en Petrópolis. Tal supuesto sería solamente erróneo si además

¹ En inglés en el original.

no fuese pueril. La unanimidad propugnada en Río de Janeiro por Argentina no constituye veto, o sea la imposibilidad de adoptar resoluciones, como ocurre con la regla de unanimidad de cinco entre 11, en el seno del Consejo de Seguridad. Las Naciones que estuvieran conformes con la resolución estaban autorizadas a llevarla adelante cualesquiera que fuese el número de los Estados disconformes. La unanimidad de la Sociedad de las Naciones impedía actuar sin la previa conformidad de todos; la unanimidad de cinco entre 11, de nuestra Carta actual, impide actuar sin la previa unanimidad de esos cinco; en cuanto a la unanimidad propugnada en Río no impedía actuar a las naciones americanas, cualquiera que fuese su número, llegado el caso de que lo creyeran conveniente. Y como el sistema interamericano no dispone de policía internacional, no habría dificultad para proceder a él. Pero esta materia podemos discutirla en la Comisión Política; adelante esta aclaración tan sólo para destruir las interpretaciones equivocadas y en algún caso la intriga.

No quiero cerrar esta exposición crítica y que demuestra nuestra incredulidad con relación a los remedios paliativos, sin insinuar siquiera lo que personalmente estaría dispuesto a aconsejar en su reemplazo.

Materia es ésta que corresponde a la conferencia cuya convocatoria hemos solicitado y que se reuniría, no para hacer lo que se le ocurra a Fulano y Zutano sino para discutir ampliamente el tema y adoptar las decisiones más convenientes, sin excluir aquéllas tendientes a proteger los intereses de las grandes Potencias; pero ello no impide adelantar algunas sugerencias, aun cuando sólo reflejen el resultado de estudios personales.

Dos sistemas pueden subsanar el *impasse* creado por el veto. El primero mantendría la decisión en manos del Consejo de Seguridad con la concurrencia de las tres cuartas partes de sus miembros, *sin veto*. El segundo autorizaría a cualquiera de las grandes Potencias a oponerse a una resolución adoptada por las tres cuartas partes de los miembros del Consejo, resolución que quedaría en suspenso hasta que una comisión permanente de la Asamblea, integrada por la totalidad de los Estados Miembros, ratificase o anulase la resolución. Las resoluciones que no fuesen mantenidas por las dos terceras partes de los Estados Miembros quedarían anuladas.

La comisión permanente debería decidir dentro de los tres días de rechazada la resolución, votando, sin debate, por sí o por no, después de oír dos alegatos, uno en representación de la mayoría que hubiese adoptado la resolución y otro en representación del grande o de los grandes que la hubiesen rechazado.

La organización de la comisión permanente no acarrearía gastos ni molestias para los Estados Miembros, pues los que no tuviesen acreditadas misiones permanentes ante las Naciones Unidas podrían otorgar su representación a agentes diplomáticos o consulares, con residencia en Washington o Nueva York.

Las únicas decisiones susceptibles de ser observadas serían aquellas que hubiesen sido adoptadas en ejercicio de los poderes acordados al Consejo de Seguridad en los Capítulos VII, VIII y XII de la Carta. El único privilegio que mantendrían los "grandes", tal cual está establecido ahora,

sería el de ocupar un asiento permanente en el Consejo.

Con el primer sistema, tres miembros podrían obligar al Consejo, a *no actuar*; nueve, en cambio, le permitirían *actuar*.

Con el segundo sistema se necesitarían 4 votos para *no actuar* y 8 para *actuar*. Pero, en este último caso, si alguno o algunos de los "grandes" objetasen la acción, tocaría decidir a los Estados Miembros en su totalidad.

Como se ve, pues, cualquiera de los dos sistemas tiene en cuenta los intereses de los grandes, al propio tiempo que los intereses de la paz del mundo. El segundo es más democrático, pero el primero es más expeditivo.

Si la Asamblea General no modifica la Carta según el procedimiento del Artículo 108, o no decide la convocatoria de una conferencia para discutir ampliamente esta materia, según el procedimiento del Artículo 109, queda un solo camino que puede permitirnos alentar una esperanza de progreso, con la Carta actual. Dicho camino consiste en que los "grandes" se decidan a utilizar el veto, estrictamente con sujeción a la Carta y, tal cual se convino en San Francisco, con el solo objeto de evitar toda acción coercitiva o de fuerza contra ellos mismos. En tal caso podríamos excusar temporariamente sus inconvenientes y proseguir la tarea.

Pero si se persiste en utilizarlo para que Estados miembros puedan eludir las decisiones del Consejo de Seguridad tendientes a asegurar la paz, el veto servirá únicamente para los que tratan de conquistar prosélitos y de dividir al mundo en dos o más sectores. Las Naciones Unidas, nacidas en 1942, para ganar la guerra, y organizadas en 1945, para ganar la paz, habrían dejado de existir. En su reemplazo actuarían las Naciones Desunidas. A menos que la mayoría se decidiese a adoptar medidas drásticas, para demostrar a los agresores en potencia que la aventura puede costarles caro.

Quieran pues los "grandes" tenerlo presente; quieran por un momento olvidar sus exclusivos intereses y pensar en los intereses y en la suerte de la humanidad.

En cuanto a vosotros, señores representantes, componentes de esta Asamblea podéis iniciar la tarea, sin previa reforma de la Carta, considerando las peticiones de admisión de nuevos Miembros, según los resultados de las diversas votaciones ocurridas en el Consejo de Seguridad, sin preocuparnos del procedimiento ilegal y vicioso que dicho Consejo pretende imponer a la Asamblea General de las Naciones Unidas, en contra de expresas disposiciones de la Carta.

Señores representantes, entre las muchas flores distribuidas ayer, en su amable discurso, por el Sr. Vishinsky, no ha sido poca mi sorpresa al comprobar que juzgó oportuno dedicarnos una.

De acuerdo con las prácticas diplomáticas, todavía en uso, corresponde pues que antes de terminar mi discurso, se la agradezca.

Felizmente me encontraba presente y pude comprobar la serenidad con que recordó a la Argentina, después de una vertiginosa vuelta al mundo que se inició en los Estados Unidos, atravesó el Atlántico, recorrió algunos países de Europa, el Reino Unido, Francia, Grecia, y la región del Ruhr; de Africa, Egipto y el Sudán; de Asia,

Turquía, Irán, China y la Península de Corea, para volver, vía Pacífico, al punto de partida, donde, a estar a las manifestaciones del señor representante de la URSS, abundan los cínicos y todo el mundo se ha dado a conspirar contra su país.

Como se había salvado Australia, país que se encuentra en el Hemisferio Austral, a la misma latitud que el nuestro, creí que también nos salvaríamos nosotros. Pero no fué así. En un momento dado el avión en que viajaba el señor representante, empujado por un huracán similar al que desgraciadamente acaba de azotar al Estado de Florida, se encontró con un pozo de aire y descendió hasta el Río de la Plata el tiempo necesario para increpar a la Argentina por no haberlo complacido retirando su Embajada de Madrid.

El Sr. Vishinsky sabe tan bien como yo por qué no la retiramos, y sabe mejor que yo que la recomendación votada por la Asamblea con relación a España,¹ fué adoptada con olvido de la Carta de San Francisco.

Sí, con olvido de esa Carta de cuyas cláusulas se acuerda el Sr. Vishinsky cuando le molesta una iniciativa de alguno de sus colegas, mientras los representantes de la URSS, empezando por él, no tienen el menor inconveniente en violarla cuando les viene en gana.

Por ejemplo, se quejan ahora de la iniciativa de los Estados Unidos para que esta Asamblea considere el caso de Grecia, después de haberlo retirado del orden del día del Consejo de Seguridad. No tienen de qué quejarse. Ellos les mostraron el camino el año anterior, cuando retiraron del Consejo de Seguridad precisamente el caso de España para traerlo a esta Asamblea, en ayuda de sus camaradas del gobierno errante.

Con la diferencia de que mientras el caso de España no compromete la paz del mundo, el de Grecia — bien lo sabe el Sr. Vishinsky — puede ser el barril de pólvora que nos acarree una vez más a una guerra mundial.

Meditando sobre estas cosas he recordado después que uno de los representantes de la URSS, en el Consejo de Seguridad, nos ha calificado de "exaltados" "*hot headed*", a los que combatimos el veto, y he pensado con profunda tristeza la falta que nos hace tener de nuestro lado un representante capaz de agotar la argumentación contra el veto, con la serenidad con que el Sr. Vishinsky lo defiende.

Por ahora basta.

El Sr. Aranha deja el sitial presidencial y le reemplaza el Sr. Koo (China).

El PRESIDENTE (*traducido del inglés*): Tiene la palabra el representante de la República Socialista Soviética de Bielorrusia.

Sr. KISELEV (República Socialista Soviética de Bielorrusia) (*traducido de la versión inglesa del texto ruso*): Hace dos años que terminó la segunda guerra mundial. Durante este período fué creada la Organización de las Naciones Unidas cuya Carta declara que es necesario "preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra, que dos veces durante nuestra vida ha infligido a la humanidad sufrimientos indecibles, a reafir-

mar la fe en los derechos fundamentales del hombre, en la dignidad y el valor de la persona humana, en la igualdad de derechos de hombres y mujeres y de las naciones grandes y pequeñas...".

La idea de la lucha por la paz y la seguridad de todos los pueblos expresa los deseos y las esperanzas de millones de personas sencillas que aspiran sinceramente a una vida mejor y pacífica y al establecimiento de la paz y la seguridad en el mundo entero.

La última guerra mundial de la que acabamos de salir, fué iniciada por Hitler y Mussolini y costó millones de vidas humanas, causando una devastación sin precedente en la historia. De centenares de miles de tumbas dispersas en los campos de Europa, la flor de nuestra juventud que cayó en la lucha contra el fascismo y por la felicidad y libertad de sus pueblos, nos exige que combatamos contra aquellos que hablan a grandes voces de una nueva guerra, sembrando el temor y la desconfianza entre las naciones, llevando a cabo la preparación ideológica de la opinión pública para una guerra futura, en las páginas de numerosos periódicos reaccionarios publicados en los Estados Unidos de América, Turquía, Grecia, España y otros países.

Surge naturalmente esta pregunta: ¿qué han hecho las Naciones Unidas durante este período? Siento tener que decir que han hecho muy poco. Las resoluciones más importantes de la Asamblea General no han sido ejecutadas. Me refiero a los principios que han de regir la reglamentación y la reducción generales de los armamentos; el control de la energía atómica; las relaciones entre los Estados Miembros de las Naciones Unidas y España; el trato a los indios en la Unión Sudafricana, y la entrega y castigo de los criminales de guerra.

Basta mencionar hechos tales como la lucha armada del Gobierno de los Países Bajos contra el pueblo indonesio; el terror fascista desenfrenado contra el pueblo de Grecia; la guerra civil en la China; el mantenimiento del régimen de Franco en España; la carrera de armamentos atómicos; el mantenimiento en el poder de los japoneses militaristas; el mantenimiento en Alemania de ciertos elementos fascistas y profascistas que combatieron contra los pueblos amantes de la libertad; la carrera de armamentos en ciertos países; todos estos hechos indican que las fuerzas de la reacción internacional, a cuyo amparo prosperaron en otro tiempo Hitler y Mussolini, tampoco están dispuestas a abandonar ahora la lucha contra las fuerzas de la democracia y el progreso.

El establecimiento de bases navales y aéreas en regiones situadas a una distancia de miles de kilómetros de las fronteras de ciertos Estados, el mantenimiento de la industria en estado de movilización, el aumento de los presupuestos militares, el empleo de sumas enormes en investigaciones científicas destinadas al descubrimiento de nuevos tipos de armamentos; todo esto tiende a la realización de los planes imperialistas de las siniestras fuerzas de la reacción. La guerra amenaza irrumpir en la vida pacífica de los pueblos.

Los jefes de las empresas comerciales, corporaciones, consorcios y sindicatos industriales americanos que obtuvieron enormes utilidades de la última guerra mundial, predicán de una manera totalmente abierta la hegemonía sobre el mundo.

¹ Véanse las *Resoluciones adoptadas por la Asamblea General* en la segunda parte de su primer período de sesiones, Resolución 39 (I), páginas 57-58.

En sus esfuerzos por conservar y multiplicar sus utilidades excesivas, tratan de apoderarse de mercados exteriores todavía más vastos y de esclavizar, bajo cualquier pretexto, a los países económicamente débiles. Estas mismas fuerzas están inspirando las llamadas "diplomacia atómica" y "diplomacia del dólar"; están luchando por quebrantar la cooperación internacional y urgiendo a los Estados Unidos de América a seguir una política oficial de expansión. Han adoptado el lema de Hitler de hegemonía sobre el mundo y han desenterrado la teoría racial para justificarla.

Algunos proclaman en la prensa la idea de que el futuro pertenece al "espíritu americano" capaz de absorber todo, de que "el tipo americano" de hombre es el prototipo del "ser superior" y que existen "pueblos que no tienen una manera de vida bien determinada".

El Mariscal Smuts en su libro *Toward a Better World* (Hacia un Mundo Mejor) declara que debe crearse en África un país para el hombre blanco y que no debe permitirse ninguna mezcla de sangre entre las dos razas. Evidentemente, estas declaraciones de Smuts están completamente de acuerdo con la política de represión que ha puesto él en práctica en la Unión Sudafricana contra todos los indios insumisos y otras personas no pertenecientes a la raza blanca. El Gobierno de la Unión Sudafricana no ha cumplido las obligaciones que le impuso una resolución de la Asamblea General y ha desafiado abiertamente dicha resolución¹.

Mientras tanto se vierten torrentes de calumnias contra la URSS, que se mantiene a la vanguardia de las fuerzas progresivas que luchan por la paz. Por su política justa y sus principios en favor de la igualdad y la amistad entre los pueblos, la URSS está contribuyendo de continuo a descubrir las intrigas de todos los agresores y a reunir las fuerzas que bregan por la paz y la seguridad.

Es evidente que la franca propaganda en favor de la distinción racial tiene que influir desfavorablemente en el establecimiento de la cooperación y la confianza entre las grandes Potencias y las naciones pequeñas, sin lo cual no es posible lograr una paz estable y duradera. La campaña emprendida por los enemigos, tanto declarados como ocultos, de una paz duradera, con objeto de quebrantar la cooperación internacional, está acompañada de una propaganda antisoviética desenfrenada, el chantaje y la amenaza de una nueva guerra.

Con este propósito las fuerzas de la reacción atacan enérgicamente en este momento el principio de la unanimidad de las grandes Potencias, el llamado derecho de veto. Como hemos escuchado, la delegación argentina ha propuesto ahora de nuevo que se discuta la cuestión de abolir el principio de la unanimidad de los miembros permanentes del Consejo de Seguridad, aunque dicha cuestión fué ya discutida en el último período de sesiones de la Asamblea General. ¿Qué esperan obtener la delegación argentina y otras delegaciones, de su insistencia para que se revise el principio de la unanimidad de las cinco grandes Potencias?

El Sr. Molotov, jefe de la delegación de la URSS, hizo, en el último período de sesiones de la Asamblea General, una exposición detallada de este asunto. He aquí lo que dijo:

"Dos tendencias principales se enfrentan en las Naciones Unidas para obtener la influencia en la dirección general de sus actividades. Una de esas tendencias se basa en los principios fundamentales de la Organización de las Naciones Unidas y en el respeto de los mismos. La otra, en cambio, se propone conmover los fundamentos que sirven de base a las Naciones Unidas y abrir la vía a los que proponen un curso de acción diferente... El éxito de la mencionada campaña significaría el triunfo de una política que permitiría a un grupo de Estados, dirigidos por la Potencia más fuerte, dominar a otras Potencias que, de tal manera, se encontrarían formando parte de la minoría. En vez de una política de cooperación internacional basada en el espíritu de los principios democráticos de las Naciones Unidas, la política triunfante sería la de los nuevos pretendientes a la dominación mundial, representados por el correspondiente bloque o, si Vds. lo prefieren, por un grupo de Potencias para las que ya se hace molesto el mantenimiento del principio de la unanimidad de las grandes Potencias...

"Si las grandes Potencias que encabezaron la lucha contra los agresores se mantienen unidas y si, con el apoyo de las demás naciones, se niegan a permitir que se produzca una escisión en sus filas, podrán oponerse eficazmente al desencadenamiento de apetitos insaciables. De otra manera se dará mano libre a los nuevos pretendientes a la dominación mundial para lanzarse a toda clase de aventuras hasta que se descalabren."

Estas palabras profundamente significativas del Sr. Molotov todavía tienen valor ahora. Nuestra misión es reforzar y no debilitar a las Naciones Unidas, que disponen de todos los recursos necesarios para consolidar la paz y evitar una nueva agresión. La Organización de las Naciones Unidas no debe constituir una repetición de la Sociedad de las Naciones, de triste memoria; es menester que sea bastante fuerte y goce de suficiente autoridad. La delegación de Bielorrusia se opondrá resueltamente a cualquier revisión del principio de la unanimidad de las cinco grandes Potencias.

La delegación de Bielorrusia se opondrá no menos resueltamente a la proposición del Sr. Marshall tendiente a que se cree una comisión interina permanente de la Asamblea General para el estudio de cuestiones relacionadas con la paz y la seguridad. Según la proposición del Sr. Marshall dicha comisión sería uno de los órganos principales de las Naciones Unidas. La creación de una comisión como la propuesta por el Secretario de Estado de los Estados Unidos de América sería inconstitucional. El Artículo 7, párrafo 1, de la Carta de las Naciones Unidas dispone que:

"Se establecen como órganos principales de las Naciones Unidas: una Asamblea General, un Consejo de Seguridad, un Consejo Económico y Social, un Consejo de Administración Fiduciaria, una Corte Internacional de Justicia y una Secretaría."

¹ Véanse las *Resoluciones adoptadas por la Asamblea General* durante la segunda parte de su primer período de sesiones, resolución 44 (I), página 61.

² Véanse los *Documentos Oficiales de la segunda parte, del primer período de sesiones de la Asamblea General*, 42a. sesión plenaria.

No se hace en él ni la menor alusión a la posibilidad de establecer una comisión interina o cualquier otra clase de comisión con poderes tan amplios como los que propone el Sr. Marshall. Por consiguiente, la proposición del Sr. Marshall equivale realmente a una solicitud de revisión de la Carta de las Naciones Unidas; pero no podemos lanzarnos por una vía que sería en extremo peligrosa para la existencia de nuestra Organización.

La proposición tendiente a crear una comisión interina para estudiar las cuestiones relativas a la paz y la seguridad es, en realidad, la expresión de los designios de ciertos círculos ansiosos de limitar los poderes del Consejo de Seguridad y reducir a la nada el papel que desempeña, cuando, conforme al Artículo 24 de la Carta de las Naciones Unidas, el Consejo de Seguridad tiene "la responsabilidad primordial de mantener la paz y la seguridad internacionales". Los que se oponen a la cooperación amistosa entre Estados y naciones desean, sin duda, poner encima del Consejo de Seguridad — donde se aplica el principio de la unanimidad de las grandes Potencias para solucionar los problemas importantes de la paz — algún otro organismo encargado de estudiar las cuestiones relativas a la paz y la seguridad, un organismo en que no se aplicaría el principio de tomar decisiones en común, que podría convertirse en un órgano compuesto de *bloques* de Estados antagonistas, en el cual la voluntad de algunos Estados sería impuesta a los demás.

No es difícil darse cuenta de que tal manera de actuar perjudicaría gravemente a nuestra Organización y pondría en peligro la paz y la seguridad internacionales.

En el primer período de sesiones de la Asamblea General se aprobaron las siguientes resoluciones de suma importancia: resolución del 24 de enero de 1946 sobre la "creación de una comisión que se encargue de estudiar los problemas surgidos con motivo del descubrimiento de la energía atómica"¹, y resolución del 14 de diciembre de 1946 sobre los "principios que rigen la reglamentación y la reducción generales de los armamentos"².

Surge naturalmente la pregunta: ¿qué se ha hecho, durante el período transcurrido, para ejecutar dichas resoluciones? Sabemos que la Comisión de Energía Atómica y el Consejo de Seguridad han discutido largamente los planes formulados por los Estados Unidos de América y por la URSS, pero desafortunadamente no han podido llegar a una decisión satisfactoria. La solución de este problema sumamente importante ha sido nuevamente aplazada. El hecho merece indudablemente la atención de los representantes a la Asamblea General. Los pueblos del mundo entero esperan pacientemente que resolvamos este problema.

Los jefes de las corporaciones, consorcios y sindicatos industriales de ciertas Potencias están haciendo todo lo posible por destruir la obra de la Comisión de Energía Atómica. Ciertas figuras prominentes de los Estados Unidos de Amé-

rica se oponen abiertamente a cualquier forma de control de la energía atómica. Por ejemplo, el Sr. Martin, Gobernador del Estado de Pensilvania, ha declarado: "Debemos seguir adelante con la bomba atómica en una mano y la Cruz en la otra". Tales declaraciones no han tenido por objeto contribuir a una solución rápida de este problema tan difícil.

Un examen cuidadoso del plan de los Estados Unidos de América muestra claramente que sus autores hicieron esfuerzos considerables para asegurarse de que, si el plan era adoptado, se garantizaría a los Estados Unidos de América un papel decisivo en la producción y la explotación de la energía atómica. El que no se haya logrado ningún progreso apreciable se debe a la actitud asumida por el representante de los Estados Unidos de América en el Consejo de Seguridad. Las proposiciones de los Estados Unidos no preveían la firma de un convenio internacional prohibiendo el arma atómica. Aun más, el representante de los Estados Unidos de América en el Consejo de Seguridad declaró categóricamente que no podía aceptar la conclusión de tal convenio hasta que la proposición de los Estados Unidos de América fuese adoptada en su totalidad. Sabemos, sin embargo, que esta proposición satisface totalmente los intereses de los Estados Unidos de América en lo que respecta a la fabricación de armas atómicas.

Ciertos círculos tratan de presentar el asunto de manera de inculpar de la demora en la ejecución de la resolución de la Asamblea General a la URSS, la cual se opone a la adopción de la proposición de los Estados Unidos de América.

El plan de la URSS ha sido expuesto repetidas veces de manera muy completa y clara. Únicamente señalaré que las proposiciones de la URSS tienen por objeto proscribir la bomba atómica. Según estas proposiciones se deben prohibir la producción y la utilización de la energía atómica para fines militares y deben excluirse de los armamentos nacionales el arma atómica y toda clase de armas de destrucción en masa. El descubrimiento de la energía atómica debe utilizarse para mejorar el nivel de vida de los pueblos del mundo entero, para elevar su nivel de prosperidad y para estimular el progreso de la cultura humana. Debe existir un severo control internacional de la energía atómica.

Este plan concuerda enteramente con los principios de las Naciones Unidas y con los intereses fundamentales de los pueblos de todos los países, quienes piden una inmediata solución de un problema tan vital como el de la organización del sistema de control de la energía atómica. No hay duda de que la bomba atómica ocupa actualmente un lugar muy importante en los cálculos políticos de cada uno de los dirigentes responsables de la política de ciertas Potencias.

Debo indicar con toda franqueza que están muy equivocados los que estiman que un país cualquiera puede mantener por mucho tiempo el monopolio de la bomba atómica. En el pasado período de sesiones de la Asamblea General, el Sr. Molotov dijo: "no es posible encerrar a la ciencia y mantenerla bajo siete llaves"³ y agregó: "no debe olvidarse que a las bombas atómicas

¹ Véanse las *Resoluciones adoptadas por la Asamblea General*, durante la primera parte de su primer período de sesiones, resolución 1 (I), página 9.

² Véanse las *Resoluciones adoptadas por la Asamblea General*, durante la segunda parte de su primer período de sesiones, resolución 41 (I), página 58.

³ Véanse los *Documentos Oficiales de la segunda parte del primer período de sesiones de la Asamblea General*, 42a. sesión plenaria.

empleadas por uno de los contendientes puede oponer el adversario otras bombas atómicas y quizás más, lo que haría evidente el fracaso definitivo de los cálculos actuales de ciertos individuos pretenciosos y miopes.”¹

Deberíamos reflexionar seriamente sobre esta declaración altamente autorizada. La solución de este problema de suprema importancia facilitaría indudablemente un acuerdo sobre otras cuestiones relacionadas con el empleo de la energía atómica. En consecuencia, la delegación de Bielorrusia espera que el Consejo de Seguridad encuentre en breve una solución positiva a este problema.

Tampoco se está poniendo satisfactoriamente en ejecución la resolución del 14 de diciembre de 1946 sobre los “principios que rigen la reglamentación y la reducción generales de los armamentos”. Dicha resolución declara que la Asamblea General reconoce la necesidad de proceder rápidamente a una reglamentación y reducción generales de los armamentos y las fuerzas armadas y recomienda que el Consejo de Seguridad considere con prontitud, según su importancia, la adopción de las medidas prácticas necesarias para alcanzar ese fin. Desafortunadamente, el Consejo de Seguridad tampoco ha obtenido resultados apreciables en esta cuestión.

Los pueblos del mundo acaban de sufrir la más sangrienta y destructiva de las guerras en la historia, una guerra iniciada por Hitler y Mussolini. La humanidad está cansada de guerras y desea una paz estable y duradera. El común de las gentes de todos los países se inquieta puesto que, a cubierto de resoluciones en favor de la paz y de promesas hipócritas de paz, se están haciendo preparativos secretos para una nueva guerra y ciertos países aumentan sus armamentos. Aun recordamos los ejemplos de la Alemania hitlerista; la Italia fascista y el Japón militarista.

Con razón podemos preguntar por qué se mantienen estados mayores conjuntos angloamericanos, ahora que la guerra ha terminado y han sido derrotados los que ayer pretendieron obtener la hegemonía sobre el mundo, y ahora que los Aliados tienen todas las posibilidades de mantener desarmados por un período suficientemente largo a dichos países. ¿Cuál puede ser la necesidad de esa unificación de los armamentos que actualmente se pone en práctica? ¿Quién necesita un tratado para la defensa de los países de la América Latina? ¿Quién pretende atacarlos? Estas son las preguntas que se hace el común de las gentes. El Consejo de Seguridad debe responderlas no solamente de palabra sino de obra. La historia nos enseña que la Sociedad de las Naciones ahogó el problema del desarme en negociaciones vanas e interminables. Debemos tener presentes esas enseñanzas de la historia. Nadie niega que la solución del problema de una reducción general de los armamentos requerirá mucho tiempo y que deberemos superar grandes dificultades.

La segunda guerra mundial se transforma cada vez más en un mero recuerdo, pero sus enseñanzas deben convencernos de que es preciso tomar desde ahora medidas eficaces para evitar una nueva conflagración.

¹ Véanse los *Documentos Oficiales de la segunda parte del primer período de sesiones de la Asamblea General*, 42a. sesión plenaria.

La última guerra ha dejado sin resolver muchos problemas, entre ellos algunos de una importancia fundamental para el desarrollo ulterior de Europa y del mundo entero. Cualesquiera sean las dificultades que puedan oponerse a una solución favorable de estos problemas, ninguno de ellos podría dejar de ser resuelto satisfactoriamente si las naciones grandes y pequeñas siguen una política conjunta y concertada. En cambio, ni uno solo de los problemas internacionales de nuestro tiempo, por poco importante que sea, puede ser resuelto con algún éxito mediante una política de acción unilateral, de hechos consumados o por otros métodos de una diplomacia agresiva que no toma en cuenta los intereses legítimos de los demás países.

Únicamente mediante la colaboración amistosa entre las naciones, basada en su igualdad, en el respeto total de su libertad e independencia y en la consideración de sus intereses legítimos y vitales, puede garantizarse una paz estable. Nuestras dificultades, alarmas e inquietudes de la hora actual son el resultado de las maquinaciones de los que trafican con la guerra, sus amigos y partidarios. Los pueblos que han sufrido los horrores indescriptibles de la guerra aspiran, hoy más que nunca, a la paz. Solamente una paz duradera, estable y democrática deparará a la humanidad la oportunidad de reponerse pronto de sus heridas de la guerra y de elevar el nivel de vida material y cultural de la masa popular.

Una reducción general de los armamentos servirá a la causa de la paz y de la seguridad internacionales y, al reforzar la confianza entre las naciones grandes y pequeñas, reducirá los presupuestos militares y, por ende, aliviará las cargas fiscales que pesan sobre la población. Debemos dar prueba de nuestro vivo deseo de cooperar mutuamente, en beneficio de la paz internacional, para la pronta y justa solución de este importantísimo problema; debemos unir nuestros esfuerzos; no podemos llegar a ese resultado instigando a un país en contra del otro, creando *bloques* dirigidos contra Estados pacíficos y siguiendo una política encaminada a colocar a algunos países bajo la dominación de una nación más fuerte.

La delegación de Bielorrusia está convencida de que, si los Miembros de las Naciones Unidas lo desean sinceramente, es posible superar estas dificultades y lograr la paz y la seguridad internacionales.

El problema español se plantea nuevamente a las Naciones Unidas. Esta cuestión ha sido discutida frecuentemente en organizaciones internacionales. Dos años después de la derrota militar del fascismo por las fuerzas democráticas, todavía tenemos que hacer frente al problema no resuelto de la liquidación del régimen fascista y del establecimiento de un orden democrático en España. La victoria de las fuerzas democráticas sobre el fascismo no es todavía una victoria para el pueblo español.

El pueblo pacífico de España soportó el primer golpe de la máquina militar nazi. El ejército hitlerista y las tropas de Mussolini, aprovechando la política de “no intervención”, establecieron por la fuerza el régimen de Franco. Desde hace ya 11 años España se encuentra bajo la ocupación fascista y el pueblo español ha luchado valerosamente contra el régimen de Franco. La

existencia de la España de Franco es una amenaza contra la paz y la seguridad internacionales y un factor que vigoriza y estimula a las fuerzas reaccionarias en otros países.

Las masas populares y los ex combatientes de los ejércitos aliados, que creían sinceramente en que la victoria sobre la Alemania fascista significaría igualmente la emancipación del pueblo español del yugo de sus opresores fascistas, tienen razón para preguntar: ¿Cómo puede explicarse la continuación del régimen fascista en España? ¿Por qué no se ha castigado al criminal de guerra Franco por los crímenes que ha cometido? ¿Por qué está todavía en el poder? Las mismas preguntas indignadas hace el pueblo bielorruso, cuyo suelo fué saqueado por las tropas de Franco.

Debemos responder a estas preguntas y solucionar este problema con más prontitud. En el período anterior de sesiones de la Asamblea General convinimos en que el régimen de Franco es un régimen fascista; en que el régimen de Franco fué impuesto por la fuerza al pueblo español por Hitler y Mussolini; en que el régimen de Franco en España participó directamente en la guerra mundial al lado de las Potencias del Eje. Es por tanto indudable, que deberíamos tomar medidas efectivas. Mas, a despecho de toda lógica y de toda justicia, a pesar de los principios proclamados por las Naciones Unidas sigue existiendo el régimen de Franco. Lo sostiene las fuerzas de la reacción. Este es un reproche muy grave que se nos podría hacer, por ser nuestro deber el poner en práctica los grandes principios de la Carta de las Naciones Unidas.

El tiempo ha demostrado que la presión moral ejercida contra el régimen de Franco no ha dado resultados apreciables. El Gobierno de Franco no solamente continúa en el poder sino que está reforzando sus relaciones económicas y comerciales con algunos de los Miembros de las Naciones Unidas.

La resolución de la Asamblea General previó la posibilidad de que las medidas adoptadas fueran insuficientes y no condujeran al establecimiento, por métodos democráticos, de un nuevo régimen en España. La Asamblea General recomendó que "si dentro de un tiempo razonable, no se ha establecido un gobierno cuya autoridad emane del consentimiento de los gobernados, que se comprometa a respetar la libertad de palabra, de culto y de reunión, y esté dispuesto a efectuar prontamente elecciones en que el pueblo español, libre de intimidación y violencia y sin tener en cuenta los partidos, pueda expresar su voluntad, el Consejo de Seguridad estudie las medidas necesarias que han de tomarse para remediar la situación".¹

No puede haber duda alguna de que ha llegado el momento de poner en práctica esta recomendación y tomar las medidas necesarias. Dichas medidas deben ser tomadas por la Asamblea General en su presente período de sesiones.

En el primer período de sesiones de la Asamblea, la delegación de Bielorrusia recomendó que todos los Miembros de las Naciones Unidas rompieran las relaciones no solamente diplomáticas sino también económicas con la España de Franco y suspendieran todas sus comunicaciones ferro-

viarias, marítimas, postales, telegráficas e inalámbricas con ella. El Gobierno de la República Socialista Soviética de Bielorrusia considera todavía que la ruptura de relaciones diplomáticas y económicas con la España de Franco es una medida indispensable para poner remedio a la situación actual. Durante el período transcurrido hemos llegado a la convicción de que los esfuerzos de los países democráticos del mundo por establecer la democracia en España encuentran la enérgica oposición de las fuerzas reaccionarias en algunos países. Estas fuerzas están desorganizando el frente democrático antifascista común y refuerzan sus propias relaciones económicas con la España fascista, concediendo, de este modo, al régimen de Franco apoyo económico y político. Ciertos países tratan de explotar la situación en España para adquirir posiciones económicas en ese país y subyugarlo económicamente.

La delegación de Bielorrusia espera que la Asamblea General encuentre una solución equitativa a este importante problema y que se tomen medidas efectivas para liquidar el régimen de Franco en España. La paz y la seguridad y los sufrimientos del pueblo español no admiten más dilación.

Desearía referirme ahora a la cuestión de las medidas tomadas por el Consejo de Seguridad respecto a Indonesia.

El Gobierno de la República de Indonesia hizo un llamamiento al Consejo de Seguridad pidiéndole que protegiera los intereses del pueblo indonesio, víctima de una agresión no provocada cometida por los Países Bajos. El Consejo de Seguridad discutió el llamamiento de la República de Indonesia y tomó una decisión al respecto.

El 7 de agosto de 1947, el Gobierno de la República de Indonesia se dirigió nuevamente al Consejo de Seguridad para pedirle que creara una comisión de arbitraje, en cumplimiento de la decisión del Consejo, con poderes para solucionar las diferencias existentes entre los Países Bajos y la República de Indonesia.

Hasta este momento, el Consejo de Seguridad no ha respondido a la petición de la República de Indonesia con toda la energía que exigiría la situación creada en ese país, como consecuencia de la guerra entre los Países Bajos y la República de Indonesia. Según informes llegados de Indonesia, no se está cumpliendo debidamente la decisión del Consejo por la cual se impone la orden de cesar el fuego; las tropas de los Países Bajos continúan las operaciones militares denominadas "medidas de policía" y los Países Bajos, por ello mismo, están contraviniendo la decisión del Consejo de Seguridad.

El representante de la URSS promovió la cuestión relativa a la necesidad de que las tropas de ambas partes se retiraran a las posiciones que ocupaban antes de que comenzaran las operaciones militares, pero el Consejo de Seguridad, desafortunadamente, no aceptó esta proposición. El pueblo de Indonesia está luchando heroicamente por su libertad e independencia. La delegación de Bielorrusia estima que el Consejo de Seguridad debe tomar medidas enérgicas para poner fin al ataque armado del Gobierno de los Países Bajos contra el pueblo indonesio.

Animada por un deseo de justicia, la delegación de Bielorrusia estima que debe señalar a la aten-

¹ Véanse las *Resoluciones adoptadas por la Asamblea General*, durante la segunda parte de su primer período de sesiones, resolución 39 (I), pág. 57.

ción de esta Asamblea la cuestión relativa a la extradición y el castigo de los criminales de guerra.

Son bien conocidos los horrores y crímenes perpetrados por los monstruos fascistas en los países ocupados. Tratando de llevar a cabo sus insensatos planes de hegemonía sobre el mundo, los fascistas concibieron y aplicaron una horrible técnica para despojar el mundo por medio de campos de muerte, cámaras de gas, crematorios, etc. Como lo ha probado el proceso de Nuremberg, mataron, ahorcaron, asfixiaron y quemaron a 15 millones de personas pacíficas e inocentes: ancianos, mujeres y niños. Mataron a 10 millones en los campos de batalla. Siete millones fueron reducidos a la esclavitud y privados de su país, de sus hogares y de su dignidad humana; de éstos, cientos de miles perecieron en los campos alemanes de trabajos forzados.

En una serie de declaraciones conjuntas, las Naciones Unidas aseguraron solemnemente que las personas responsables de estos crímenes no escaparían el castigo merecido. El 13 de febrero de 1946, la Asamblea General adoptó una resolución propuesta por la delegación de Bielorrusia sobre la extradición y castigo de los criminales de guerra, en la que se recomienda "que los Miembros de las Naciones Unidas tomen inmediatamente todas las medidas necesarias para que esos criminales de guerra que han sido responsables o han consentido los crímenes de guerra, sean detenidos y enviados a los países donde se han cometido tan abominables actos, para que sean juzgados y castigados de acuerdo con las leyes de esos países".¹

Los dirigentes de la humanidad y todas las personas honradas acogieron con la mayor satisfacción la declaración de los Gobiernos Aliados y la mencionada resolución de la Asamblea General, que confirman los principios de la justicia y del derecho internacional. Su decepción es tanto más grande cuando ven que las Naciones Unidas no cumplen su solemne promesa de castigar a los criminales de guerra. Aun no se ha castigado a la inmensa mayoría de personas que cometieron crímenes abominables contra la paz y la humanidad. Muchos de estos criminales, para escapar a la justicia, han huido de Alemania y se ocultan en otros países, incluso en Estados que son Miembros de las Naciones Unidas; otros, se ocultan bajo la apariencia de refugiados o de personas desalojadas en los campos de refugiados; otros todavía circulan libremente en las zonas occidentales de ocupación de Alemania y de Austria, creando toda clase de organizaciones que por sus actividades socavan las Naciones Unidas y tramando nuevas conspiraciones contra la humanidad.

La justicia debe triunfar. Los criminales de guerra deben ser juzgados y severamente castigados. El castigo de los criminales de guerra será una terrible advertencia para todos aquellos que pudieran pensar en encender una nueva guerra mundial.

Por estas razones, la delegación de la República Socialista Soviética de Bielorrusia considera esencial que la Asamblea General, en su segundo período de sesiones, adopte recomendaciones que

¹ Véanse las *Resoluciones adoptadas por la Asamblea General* durante la primera parte de su primer período de sesiones, resolución 1 (I), páginas 9 y 10.

garanticen el cumplimiento de la resolución de la Asamblea General, del 13 de febrero de 1946, sobre la extradición y castigo de los criminales de guerra.

La delegación de Bielorrusia apoya con firmeza las propuestas de la URSS, presentadas por el Sr. Vishinsky, jefe de la delegación de la URSS, en su discurso pronunciado ante la Asamblea General el 18 de septiembre. Estas propuestas, relativas a las medidas que deben tomarse contra los que trafican con la guerra y contra la propaganda en favor de la guerra, expresan claramente el sincero deseo de los pueblos que han experimentado todos los horrores de la segunda guerra mundial y que desean una paz estable y duradera. La delegación de Bielorrusia está convencida de que la Asamblea General cumplirá su misión de establecer la paz y la seguridad en todo el mundo.

EL PRESIDENTE (*traducido del inglés*): Tiene la palabra el representante de la India.

Sra. PANDIT (India) (*traducido del inglés*): Nos reunimos ahora mientras el mundo es presa de inquietud y la humanidad padece. La desorganización económica ha causado grandes sufrimientos y existe el temor de que el mundo pueda ser precipitado a una miseria todavía mayor. El hecho de que las grandes Potencias, en vez de acercarse mutuamente se apartan cada vez más unas de otras, se destaca, siniestramente, en la situación mundial. Hay tensión, incertidumbre e inquietud y la penosa impresión de que las cosas tal vez se encaminan hacia un nuevo y aniquilador desastre para la humanidad y de que no se está haciendo lo suficiente para detener este curso y dirigir nuestros pasos hacia un destino más promisorio.

Desearía presentar la situación de la India, en relación con este panorama mundial. Desde que nos reunimos la última vez, hace un año, un cambio transcendental se ha efectuado en nuestra situación interior. Ha terminado una fase relativamente breve de nuestra muy extensa historia, fase en que la fortuna de nuestro pueblo y su condición política estuvieron sujetas a una Potencia extranjera.

Para la India e indudablemente para el Asia, el 15 de agosto de 1947 fué una fecha memorable. Ella marcó el triunfo de un experimento único en la historia, iniciado por ese gran espíritu que con justicia puede ser llamado Padre de la Nación India: Mahatma Gandhi.

En el pasado, no he vacilado en criticar la política británica respecto a mi país. Pero ahora, con igual resolución, quiero dejar constancia ante esta gran Asamblea del vivo reconocimiento del pueblo indio por el espíritu que indujo a los estadistas británicos a renunciar voluntariamente a su autoridad sobre la India. No puede ser fácil para un pueblo despojarse de un imperio; y en interés de una paz mundial duradera deseo encarecer este ejemplo a las otras naciones que mantienen respecto a sus colonias las relaciones que hasta ayer no más existían entre el Reino Unido y la India. En particular, quisiera mencionar el caso de Indonesia, cuyos vínculos culturales con la India datan de muchos siglos y cuyo porvenir es de vital importancia para la paz y la seguridad de Asia. Indonesia ha estado luchando valientemente por su libertad y su situación pone a prueba la eficacia de las Naciones Unidas.

Sin embargo, no sería sincera conmigo misma y no expresaría debidamente los sentimientos de mi pueblo, si ocultase a esta Asamblea la tristeza que nos causa el hecho de que la libertad sólo ha sido alcanzada por nosotros mediante una división que, a su vez, ha conducido a conflictos, temporales según esperamos, en ciertas partes de nuestro país.

En una época que, para nosotros, así como para el resto del mundo, es una época de transición histórica, nos vemos cercados por una multitud de problemas. En muchos aspectos, no son diferentes de los problemas a los que actualmente hace frente la mayoría de los países del mundo; pero las circunstancias en las cuales nos vemos forzados a resolverlos han sido inevitablemente determinadas por la política que prevaleció en la India durante el período de dominación extranjera.

Menciono esto para que no haya una mala interpretación con respecto a la magnitud y a la especial complejidad de las labores que el Gobierno recién constituido de la India libre ha emprendido con tanta energía. Están en preparación, y en algunos casos se están ejecutando, amplios programas de reformas, reconstrucción y desarrollo en cada campo de nuestra vida nacional.

Aun en tiempos de prosperidad general y de paz asegurada, no sería fácil esforzarse por elevar el nivel de vida de un pueblo y darle nuevas instituciones libres. Al menos no es más fácil en esta época de angustia cuando el hambre, la incertidumbre y el temor se hacen sentir en nuestra tierra como en tantas otras tierras. Sin embargo, me complace tener la oportunidad de declarar ahora desde esta tribuna que, a pesar de las condiciones adversas, muchas de las cuales hemos heredado, nuestro Gobierno prosigue adelante con la confianza y el apoyo de todo el pueblo.

Quisiera ahora referirme brevemente a algunos problemas que hemos de resolver aquí. En este momento se discute con vehemencia la regla de la unanimidad en el Consejo de Seguridad. La aplicación de esta regla ha detenido e impedido, en algunos casos, el cumplimiento de la voluntad de la mayoría del Consejo de Seguridad. Tales situaciones desaniman y decepcionan, y por esto deberíamos aconsejar moderación y prudencia en el uso del llamado veto. El ejercicio inmoderado de esta facultad debe ser condenado tanto como el abuso de cualquier otra facultad. Al mismo tiempo, los miembros permanentes del Consejo tienen la obligación de esforzarse para ampliar las posibilidades de acuerdo entre sus miembros, tanto permanentes como no permanentes.

En último análisis, el éxito de los esfuerzos del Consejo de Seguridad y, al mismo tiempo, la paz y el bienestar del mundo, no dependen tanto de la aplicación de una decisión tomada por la mayoría de las grandes Potencias, como de la comprensión, la tolerancia y la sabiduría con la cual estas grandes Potencias traten de conseguir y mantener su unidad.

A veces se ha dicho que este es un asunto entre las grandes Potencias, por una parte, y las pequeñas Potencias por otra. Aunque sea cómodo designar a los miembros permanentes del Consejo por el nombre de "grandes Potencias", no es útil clasificar a los países en grandes y pequeños. Por ejemplo, yo no quisiera clasificar a la India en ninguna de estas categorías. En ciertos aspectos

todos somos grandes y sin duda alguna somos pequeños en otros, pero todos tenemos igual derecho a ser considerados, en esta Asamblea, en virtud de los principios consignados en la Carta.

Esto me conduce a una cuestión muy grave e importante que se plantea en esta Asamblea. ¿Qué consecuencia tendría que las recomendaciones hechas por la Asamblea después de prolongados y minuciosos estudios y debates, sean desconocidas y desdeñadas por los Estados Miembros, especialmente por aquellos a los que están expresamente dirigidas? Más tarde trataré de este asunto con más detenimiento, pero desde ahora debo recomendar a la atención de la Asamblea el hecho de que el Gobierno de la Unión Sudafricana no ha tomado ninguna medida para dar cumplimiento a los principios que inspiraron la resolución que adoptamos aquí el año pasado.¹

Negar que se han tomado medidas discriminatorias contra los indios en la Unión Sudafricana no es, a mi juicio, una respuesta seria o convincente, para la Asamblea General. La correspondencia entre los Primeros Ministros de los dos Dominios, recientemente publicada, constituye un testimonio de que la India siente el ardiente deseo de solucionar en forma equitativa este problema que, si se me permite decirlo ante la Asamblea, no atañe únicamente a las relaciones entre los dos Dominios. En razón de su carácter fundamentalmente racial, si no se lo resuelve, puede extender el campo de las desavenencias y los conflictos. Creo que no es este el único caso en que un Estado Miembro ha desatendido la voluntad claramente expresada de esta Asamblea. Por lo tanto, será necesario que examinemos y determinemos los medios de que podamos disponer para garantizar que las decisiones de la Asamblea sobre cuestiones de tal importancia sean tratadas con el debido respeto.

La delegación de la India también se interesa en lo que parece ser un excesivo empeño de algunos Estados Miembros de invocar la disposición de la Carta relativa a la jurisdicción interna (párrafo 7 del Artículo 2), cada vez que se plantea una cuestión de cierta índole.

No tenemos ningún deseo ni poder para disputar la soberanía de un Estado Miembro o para intentar inmiscuirnos, por medio de las Naciones Unidas o de cualquier otra manera, en sus asuntos internos. En la India sabemos demasiado bien lo que puede significar una intromisión de tal carácter; nos ofendería y nos opondríamos a ella tan firmemente como cualquier otro país. Conviene reconocer, sin embargo, que se puede considerar que toda cuestión internacional presenta también un aspecto nacional, y no podemos permitir que un Estado Miembro se aparte de sus obligaciones y de este modo amengüe el valor de la Carta.

Me he referido sólo a algunas de las cuestiones más importantes que se nos han ocurrido al examinar las actividades de las Naciones Unidas en el año pasado. No estoy enteramente satisfecha, y creo que en verdad ninguno de nosotros lo está completamente, del trabajo que hemos realizado y de los resultados que hemos obtenido. Millones de personas humildes de todos los países están alarmadas y perplejas, incapaces de comprender

¹ Véanse las *Resoluciones adoptadas por la Asamblea General*, durante la segunda parte de su primer período de sesiones, resolución 44 (I), página 61.

cabalmente la naturaleza de las poderosas fuerzas que están dividiendo a las grandes Potencias en grupos inamistosos, que atraen hacia ellas, como por una suerte de magnetismo, a varios Estados, menos poderosos.

Nosotros, los indios, no nos sentimos compelidos a identificarnos totalmente o a asociarnos sistemáticamente con uno u otro de los diferentes grupos. Al contrario, estimamos que es de la mayor importancia el acortar la distancia que separa a esos grupos. Estimamos que nuestra conducta debería encaminarse a tal fin, y que existen normas, principios e ideales que trascienden los intereses puramente nacionales, que trascienden las exigencias de la política de poder que ha sido tan desastrosa en el pasado.

En consecuencia, el único criterio que adoptaremos para ofrecer o rehusar nuestro apoyo a las proposiciones que nos sean sometidas, será el de los méritos que a nuestro juicio tenga el asunto de que se trata. Deseamos la paz y consagraremos todas nuestras posibilidades y energías a la supresión de todas las causas que conducen a la guerra. A las naciones que trabajan con este propósito prestaremos gustosamente nuestra plena colaboración. La delegación de la India estima que lo que importa ahora no es modificar la Carta, o desviar nuestras energías y concebir enmiendas complicadas e ingeniosas. Lo que importa ahora es que todos nosotros observemos fielmente el espíritu y la letra de la Carta, sus principios y sus procedimientos, no solamente cuando nos convienen, no solamente cuando nos ayudan a realizar fines y propósitos que pueden no tener ninguna relación con la Carta, sino en todo momento y con respecto a todo problema y toda dificultad.

Si no estamos dispuestos a aplicar las disposiciones de la Carta con este espíritu, temo que ninguna modificación o revisión, que ninguna adición o supresión de una frase aquí, de un artículo allá, puedan mejorar apreciablemente la situación. Antes bien, producirían el efecto contrario.

Ningún mecanismo, antiguo o moderno, será suficiente por sí mismo para salvarnos, si no estamos verdadera y sinceramente resueltos a suprimir la guerra como medio de solucionar nuestras diferencias.

Ha llegado a ser casi un lugar común el decir que un conflicto de ideologías es el fundamento de la división que tan claramente se muestra en

el mundo actual. A nosotros, que venimos del Oriente, y que conocemos las grandes privaciones, la pobreza, los sufrimientos y el hambre que allá reinan, se nos puede perdonar que pensemos que la ideología es menos importante que la realización práctica. Una ideología no substituye al pan ni al abrigo; no podemos esgrimir una ideología y luego creer que estamos vestidos y alojados. Alimento, vestido, alojamiento, instrucción, servicios médicos: estas son las cosas que necesitamos. Sabemos que sólo podemos obtenerlas mediante nuestro esfuerzo común, como pueblo, y con la ayuda y cooperación de aquellos cuya situación es más afortunada que la nuestra. El conflicto, ya sea ideológico o de otro carácter, que está hundiendo al mundo en las tinieblas y provocando una tirantez internacional, nos parece trágicamente ajeno a estos grandes problemas humanos, problemas que afectan la existencia misma de la mitad y, acaso, más de la mitad de la población del mundo.

La Organización de las Naciones Unidas no tiene "ismos" propios; comprende todos los "ismos" y todas las ideologías; comprende todas las civilizaciones del Occidente y del Oriente; no se puede decir que sus principios derivan exclusivamente de una u otra de las doctrinas opuestas. Por esto, en esta hora particularmente crítica y a pesar de todos los motivos de desaliento, continuamos poniendo nuestra fe en ella.

Estamos, en verdad, más firmemente convencidos que nunca de que el único medio de evitar una catástrofe, el único camino que conduce a la paz, a la libertad y al bienestar de todos, es el de nuestra constante y sincera cooperación, a pesar de todos los obstáculos que se presenten, dentro de la Organización de las Naciones Unidas y en el espíritu de la Carta.

En nombre de mi Gobierno, quiero ofrecer una vez más la seguridad de nuestra completa cooperación y de nuestra determinación de hacer cuanto esté en nuestro poder para procurar que la creación de las Naciones Unidas marque en el porvenir, el principio de un nuevo y menos infortunado capítulo de la historia humana.

El PRESIDENTE (*traducido del inglés*): La próxima sesión plenaria de la Asamblea General se celebrará a las 15 horas; el orden del día es la continuación del debate general.

Se levanta la sesión a las 13 horas.

86a. SESION PLENARIA

*Celebrada en Flushing Meadow, Nueva York,
el viernes 19 de septiembre de 1947, a las 15 horas*

Presidente: Sr. O. ARANHA (Brasil).

13. Debate general (*continuación*)

El PRESIDENTE (*traducido del inglés*): Desearía pedir al Secretario de Despacho del Secretario General que dé lectura a la lista de oradores.

Sr. CORDIER (Secretario de Despacho del Secretario General) (*traducido del inglés*): En la lista de oradores para esta tarde figuran los representantes de la Unión Sudafricana, Suecia, Grecia y Brasil. En la lista adicional para mañana figuran los siguientes: Checoslovaquia, Líbano, Francia,

República Socialista Soviética de Ucrania, Egipto, Nueva Zelandia, República Dominicana, Etiopía, Siam, Siria, Bélgica, Reino Unido, Colombia, Países Bajos, Yugoslavia, Liberia, Ecuador, Turquía, Arabia Saudita y Cuba.

El PRESIDENTE (*traducido del inglés*): De acuerdo con la decisión adoptada ayer por la Asamblea, no se agregará ningún otro orador a la lista. Tiene la palabra el representante de la Unión Sudafricana.